

hacen otra cosa que copiar lo que ven!

—¿Os habéis encargado de Luisa, madre mía? ¡Eso es una gran fatiga para vos!

—La niña estaba olvidada y sufría; por eso ofrecí á su madre traérmela á mi cuarto, y consintió en ello.

—Lo comprendo; pero á lo menos hubiera podido alojaros de una manera conveniente.

—Poco me importaba eso, si estuviera satisfecha de tu hermana; cuando el corazón es rico, ¿qué importan las paredes y los muebles? Pero...

Madama Darboys se detuvo; el recuerdo de sus penas le arrancaba nuevas lágrimas; la ingratitud había abierto en el corazón de esta madre un manantial inagotable de llanto.

—Angela puede cambiar,—dijo Germana con dulzura...—¿me permitís que le hable, madre mía?

—¡Oh, no, no! ¡sabría que me he quejado de ella! Por otra parte, hija mía, ¡tus reflexiones no penetrarían en su alma! hay demasiado ruido alrededor suyo para que piense en mí.

—Entonces, mamá,—exclamó Germana con ternura,—venid con nosotros; os traigo la invitación de mi buen Armando, y nuestra casa os espera; concedednos algunos meses, el mayor tiempo posible; dejad á Paris, donde vuestra salud se ha alterado, y venid á Turens; ¡mis hijos serían dichosos al veros! ¡Ah, mamá, decid que consentís!

Madama Darboys, dominada por una emo-

ción profunda, abrazó estrechamente á Germana, y tomando después sus manos le dijo con voz trémula:

—¿Y qué, tú me amas? ¿me ofreces tu casa? ¿tu marido me invita á que vaya? ¿tus hijos me esperan? ¿quieres hacerme tanto bien á mí, á mí que en tu infancia, y aún después?...

—Mi querida mamá,—interrumpió Germana con acento suplicante,—sólo me acuerdo de vuestras bondades; pero dadme de ellas nueva prueba aceptando mi invitación.

—Hija mía, yo me confío á tí,—dijo madama Darboys;—devuélveme un poco de dicha, porque de hoy en más eso está en tu poder.

Susana se detuvo como si un recuerdo penoso la hubiera herido de repente.

—Durante algún tiempo,—continuó tras una pausa,—tengo que depender de tí en absoluto, Germana; he empeñado mis rentas por Angela, durante dos años... tu hermana debía, su marido ignoraba esas deudas, y yo las he pagado.

Germana besó la mano de su madre, y sin preguntarle nada, dijo alegremente.

—¡Ahora sois nuestra! Voy á escribir á Armando para que sea tan dichoso como yo.

—Madama de Emmeryn se ha levantado, y espera á su señora hermana,—dijo la camarera entreabriendo la puerta.

—No digas nada á Angela,—murmuró madama Darboys, probando así una vez

más cuan cruel era el yugo que la hacía doblegarse.

Germana encontró á Angela en un dormitorio encantador, que parecía haber sido copiado de algún grabado del siglo XVIII. El traje de la joven estaba inspirado por el capricho artístico de alguna de las modistas más afamadas.

La acogida que hizo á su hermana fue algo confusa, pero su turbación cedió ante la bondadosa cordialidad de aquella. Germana guardó un silencio absoluto sobre la conversación que había tenido lugar entre su madre y ella, y sólo demostró á Angela el afecto tierno é indulgente que para ella guardaba en el fondo de su corazón.

Se abrazaron y hablaron de sus hijos. Germana con íntima ternura, Angela con un sentimiento de vanidad, que explicaba bien la presencia del hermoso Raoul, adormecido á los pies de su madre.

—Pasarás algunos días conmigo,—dijo Angela,—quiero enseñarte París.

Germana accedió á todos los proyectos con el aire más amable, pues le parecía que la paz de la familia exigía estas ligeras concesiones; además, en el fondo de su alma sentía una piedad compasiva por aquella joven mimada, consentida, adulada desde la infancia, y que el amor de los placeres llevaba tan lejos de la dicha verdadera. Al verla tan bonita, pero tan delicada, tan graciosa, pero tan débil, fatigada por las fiestas, ocultando bajo su sonrisa cuidados y quizá remor-

dimientos, Germana no tenía valor para culparla; para ella se volvía la pequeña Angela, á la que se habían acostumbrado á perdonarlo todo sus dos hermanas mayores. Germana sentía que en todas las faltas hay mucha desgracia, y que al lado de la acusación debe haber siempre un sitio para la piedad.

La hora de la comida reunió á toda la familia. Leopoldo manifestó una gran alegría al ver á Germana. Aquella graciosa y elegante figura, aquella bella cabeza poblada de abundantes y sedosos rizos rubios, aquel dulce y plácido rostro, aquellos ojos azules, limpidos y rasgados, el encanto seráfico de toda la persona de Germana, habitaban su memoria como un grato é imborrable recuerdo, al que se unía el de su bondad, el de su inteligencia, el de su noble carácter, tan simpático á Leopoldo.

Madama Legléve habló al esposo de su hermana, de su madre, con una afeción y un respeto que le enternecieron profundamente, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Eres siempre buena y amable, hermana mía, y soy dichoso al pensar que mi madre está cerca de tí.

—Y yo os anuncio,—dijo madama Darboys,—á tí mi querido Leopoldo, y á tí también, Angela, que pienso irme á pasar algunos meses á Turena y á casa de Germana; mi salud está alterada y el aire del país la mejorará.

—Por mí lo apruebo,—dijo Leopoldo con

deferencia; — pero espero que volveréis:
— ¡Cómo, mamá! ¿nos dejáis? — exclamó
Angela con una sorpresa inquieta que no
pudo disimular.

Germana tomó la palabra con un aire de
cordialidad que disipó todas las sospechas
de la joven.

— Te robo á mamá, — le dijo. — ¡No debes
ser tú sola la dichosa, querida Angelita!
Mis pequeños no cesan de preguntarme por
su abuela; mi marido desea verla, y nuestra
tía Honorina dice que anhela abrazarla an-
tes de morir: ya ves que somos muchos y
que no puedes resistirnos.

— Yo no me opongo, — dijo Angela con su
acento más gracioso; — durante su ausencia,
haré arreglar la habitación de mamá que
está algo descuidada.

— ¿Y yo, dónde iré? — preguntó Luisa.

— A un colegio, — contestó su madre de
mal humor.

— Y cuando lleguen las vacaciones ven-
drás con Raoul á mi casa, — dijo Germana
dulcemente: — será el tiempo de la vendi-
mia y tus papás os acompañarán.

— En cuanto á mí, acepto, — dijo Leopoldo;
— confieso que un viaje á Turena me ale-
grará mucho; estoy cansado de números, de
expedientes y de informes, y haré de buena
gana una excursión de reposo y de aire libre:
¿qué dices tú, Angela?

— ¡Que vendrá! — exclamó Germana, para
animarla, — le prometo invitar en su honor
á todos nuestros amigos de las casas de cam-

po inmediatas, ó sea la flor y nata del país:
te daré fiestas, ¡de las que se hablará largo
tiempo en la comarca!

Angela se sonrió, y arreglada de este mo-
do la partida de madama Darboys, pareció
ya una cosa natural.

Germana pasó algunos días en París, pres-
tándose con complacencia á la voluntad de
su hermana, que la conducía donde ella mis-
ma deseaba ir: las continuas excursiones á
paseos, visitas, iglesias, museos, teatros,
monumentos góticos y modernos, parecían
tener por fin principal el alejar toda conver-
sación, toda explicación, seria é íntima. An-
gela tenía miedo de la dulce y suave Germa-
na, tan irreprochable y tan pura: por eso
trataba á la vez de aturdira y de conquista-
rta, y Germana, que no creía la ocasión
oportuna, ni para un consejo ni para un re-
proche, se dejaba divertir con la mejor gra-
cia del mundo.

Iba á todas partes, admiraba todo, colma-
ba á los niños de juguetes y de caricias. Un
día que pasaban por la calle de la Paz, An-
gela se detuvo ante la tienda de un joyero
y enseñó á su hermana un aderezo precioso
de turquesas y brillantes.

— ¡Mira qué lindo! — exclamó, — ¡cuanto
siento no poderlo comprar!

— Entremos, — dijo Germana, — y permi-
tete que te lo ofrezca como recuerdo de
Armando y mío.

— ¡Pero será muy caro!

— Siendo de menos valor, no sería digno

representante de lo que ambos te queremos; además, —añadió sonriendo,— puedo pagarlo; ya sabes que en Turena se vive á la vez con holgura y con economía, y traigo algunos ahorros.

El magnífico estuche fue puesto en la pequeña mano de Angela, que á través del delicado guante se estremeció de placer, y para la hora de la comida Germana puso en las ebúrneas orejas de su hermana los preciosos pendientes, entre sus cabellos un lazo de perlería, un collar con medallón en su cuello y un admirable brazaletes en su lindo brazo. Eran las piezas de que constaba el aderezo de brillantes y turquesas.

Germana habló largamente á Leopoldo de su madre madama de Emmeryn; sostuvo en secreto la resolución vacilante de su madre, que cada vez que veía á Angela parecía no poderla dejar; y por la noche, al hallarse sola en su cuarto de la fonda, descansaba rogando á Dios, leía con la cabeza inclinada algunas páginas y escribía á Armando y á Valentina.

Una de las cartas á esta última decía así:

Partimos dentro de dos días: me llevo á mamá á Turena; ¡oh, qué razón tenías al hacerme venir á París! Nuestra madre se moría de tristeza y de abandono; pero revivirá con el aire natal y en medio de mis queridos hijos.

*Te acuerdas de que un día me dijiste:
—¿Nuestra madre te necesitará quizá?*

Ese día ha llegado, y ¡yo bendigo á Dios!

He visto á tu digna compañera, la hermana Vicenta, y la he abrazado con todo mi corazón; ella ha sido la fiel y silenciosa consoladora de nuestra madre. Hasta en tu ausencia, tu espíritu velaba sobre esta madre querida.

Adiós, mi buena hermana: ¿cuándo te veré? ¿cuando podré abrazarte? ¡Haga el cielo que sea pronto!

El día de la partida llegó: á pesar de las sinrazones de Angela, un profundo dolor oprimía al dejarla el corazón de su madre. Durante largo tiempo la tuvo abrazada hablándola en voz baja, y sus lágrimas corrieron con abundancia cuando besó las cabezas curiosas y asombradas de los dos niños.

Germana la condujo al carruaje.

—¿Volveréis pronto?—preguntó Leopoldo.

Mad. Darboys respondió con un gesto indeciso mientras que sus ojos se fijaban con pasión en su hija, consternada también en aquel momento.

Germana estrechó la mano de monsieur Emmeryn, dió el último beso á su hermana y dijo con voz firme al cochero:

—¡Partid! ¡á la estación del mediodía!

Se llevaba triunfalmente á su madre.

El día declinaba cuando llegaron á C... y el cielo, la campiña y la casa parecían adornados para recibirlos.

Armando las esperaba á la puerta de la verja; ambas viajeras descendieron del ca-

rruaje, y después de abrazar tiernamente á su esposa, se dedicó por completo á la madre de ésta.

Atravesaron el jardín, embalsamado y lleno de flores: en el peristilo los tres niños ataviados con sus más lindos vestidos, las esperaban y gritaron alegriamente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

La más pequeña de todos, María, de tres años, se adelantó con paso vacilante y presentó á su abuela un gran ramillete, que ocultaba su rubia cabecita.

La habitación de Mad. Darboys era la más risueña de la casa; estaba arreglada con un cuidado exquisito, y según los gustos conocidos de la persona que debía ocuparla: un retrato de Angela, dibujado á tres lápices por Germana y de un admirable parecido, estaba colgado cerca del lecho, muchas macetas de flores adornaban el balcón, y por otras dos ventanas entreabiertas llegaba el perfume de la avena recientemente segada.

Marcelo había seguido á su madre y le dijo con acento misterioso:

—Voy á poner mis tórtolas en medio de las flores para que la abuelita las vea mañana, y yo vendré á hacerles algunas visitas.

La mesa, dispuesta para la comida, tenía también un aspecto de fiesta: los manteles adamascados, la plata, las porcelanas, decoraban la mesa como un día de gran recepción, y las más hermosas frutas de Turena formaban mezcladas con flores, un adorno

de mesa que hubiera envidiado un banquete regio.

—¿Es un festín?—preguntó madama Darboys sonriendo.

—Celebramos un dichoso acontecimiento,—respondió alegremente Armando.— ¡Hace ya tanto tiempo que deseábamos teneros á nuestro lado!

.....
Por la noche, en el terrado, cuando las estrellas brillaban y temblaban en el cielo; cuando una brisa ligera hacía mover las hojas y traía en sus alas el perfume de las praderas; cuando reinaba el dulce silencio, Gabriela se adormeció en las rodillas de su abuela y Marcelo recitaba una fábula. En estos momentos de calma, ¡que lejos estaba París!... ¡como la tristeza y los disgustos se perdían en el pasado!... ¡qué fácil era el olvidar los días de pena!

Angela misma estaba olvidada en el corazón de todos excepto en el de su madre: no obstante, ésta gustaba todo lo que el reposo, el bienestar y el cariño tienen de delicias, y con un movimiento de gratitud tomó la mano de Germana y de su marido y exclamó.

—¡Qué bien me encuentro aquí! ¡gracias, hijos míos! ¡gracias!